

El comité central del Partido de los Trabajadores de España se reúne hoy en Madrid para buscar una solución a la larga crisis que atraviesa el partido, y que amenaza su propia existencia, sin que los sectores procedentes del PT y la ORT hayan aproximado sus posiciones.

La reunión, que es abierta a los militantes, se celebra después de que en Euskadi, Valencia y Canarias los afiliados del extinto Partido del Trabajo han consumado la ruptura de la unión frenada hace nueve meses.

José Sanroma, ex secretario general de la ORT y miembro del secretariado permanente del PTE, analiza en el siguiente artículo las condiciones en que llega a esta crisis de su partido.



La crisis del Partido Radical

Según se dice, y no sin fundamentos, vivimos una crisis de civilización. He ahí la dimensión del problema. En función de ello ser parte de la crisis o estar afectado por ella no debiera ser noticia. Sin embargo, he ahí que la burguesía ilustrada del país, cuyo maestro predijo el ocaso de las revoluciones allá por 1921, ha tenido a bien convertir en pequeña noticia al Partido de los Trabajadores, con motivo de la crisis interna que atraviesa. En la motivación que la asista para ello no se podría decir qué es lo que pesa más: si el interés por allanar el camino a su deseado Partido Radical o si el regusto de contribuir a aventar las cenizas de un partido revolucionario (cuya razón de ser está, precisamente, en el convencimiento de que la revolución socialista no está en su ocaso, sino en su alba; y nosotros no vamos a maldecir su sol aunque ya nos haya producido insolaciones).

Lugar para el optimismo

Sea como sea, el caso es que la auténtica crisis de descomposición es la que atraviesa el capitalismo, todo el sistema imperialista mundial. Si durante unas pocas décadas los ideólogos de la burguesía podían soñar con la integración de los trabajadores de las metrópolis, hoy se ve que tal situación, y sólo en la medida en que se producía en cada caso, fue ganada a costa de poner en pie a centenares de países que hoy plantean frente a los países imperialistas una lucha económica inasimilable, dicho sea a título sólo de ejemplo. Visto en perspectiva, si la revolución socialista mundial es un proceso en el que las transformaciones que se gestan surgen en el choque con el imperialismo, se puede afirmar que dicha revolución tiene un motor cada vez más poderoso.

El sistema no se hundirá por sí mismo, ni evolucionará pacíficamente hasta convertirse en la sociedad nueva: ya nadie espera tal cosa, sino más bien, por el contrario, frente al extremo de ese falso optimismo socialdemócrata (que es una hipócrita complicidad con el presente amparada en una supuesta inteligencia de la historia) se alza un pesimismo, inteligente en demasía, que augura la aniquilación de las fuerzas en lucha, y la barbarie como paso intermedio a la destrucción del planeta. Si un extremo se prepara a bien vivir, el otro parece hacerlo a morir bien.

¿Acaso no queda lugar para el optimismo revolucionario? Quizá uno de los mejores argumentos de la burguesía, para seguir justificando su disposición a seguir dominando por la violencia, sea el de que las fuerzas revolucionarias no son capaces de aprovechar sus victorias para construir una sociedad que se libre de la explotación y la opresión.

¿Cómo lograr, aquí y ahora, el ánimo optimista cuando estando en

tantas dificultades, aún tan lejos de tomar el poder, se ha comprobado ya que lo más difícil empieza entonces? Creo que sencillamente con la conciencia de que no podemos permitir el dominio del gran capital que nos conduce implacablemente a la barbarie (y de la confianza que nos da la resistencia tenaz que el pueblo opone a sus medidas de gobierno) y del ver que, a pesar de los pesares, no sólo existen las fuerzas objetivamente interesadas en poner fin al sistema, sino que *en España están creciendo las fuerzas subjetivas revolucionarias. Un rasgo de este crecimiento es la diversidad* de dichas fuerzas (rasgó inevitable: ¡Hay tanto que discutir del pasado y, sobre todo, del presente y del futuro!): Se manifiestan y se configuran en las formaciones políticas nacionalistas de izquierda, en el feminismo, en el ecologismo, en el movimiento juvenil y en la combatividad (apenas débilmente organizada y estructurada políticamente) de amplios sectores del movimiento obrero y campesino... También en las organizaciones y partidos «a la izquierda del PCE» que se fraguaron en la lucha contra el fascismo. Es decir, las fuerzas marxistas-leninistas. Y un factor que frena ese crecimiento es la débil comunicación teórica y la excesiva competencia política entre ellas.

Para mí, *la crisis que atraviesa el Partido de los Trabajadores es un reflejo de ese crecimiento revolucionario, y una ocasión tanto para impulsarlo como para mejorar esas deterioradas relaciones que he mencionado.* (Diré de pasada que no me ofende, por supuesto, pero tampoco me preocupa que revolucionarios de fuera del partido puedan interpretarla como crisis de los partidos marxistas-leninistas como forma de desarrollo de las fuerzas revolucionarias. Demasiado torpe sería que alguno pensara que ha quebrado este partido marxista-leninista, pero que eso potencia a otros.)

Dos líneas

Uno de los aspectos de interés de la crisis del Partido de los Trabajadores es que es producto de la incorporación (en bruto) a su seno de toda la problemática que da origen a esa diversidad de las fuerzas revolucionarias. El crecimiento de éstas tenía que provocar tarde o temprano un necesario debate abierto, con repercusiones políticas, y esto ha aparecido *a través* del Partido de los Trabajadores.

En el debate interno hay apuntadas *dos líneas*. Lo cual no quiere decir que no existan diversas posiciones, juicios, análisis, etcétera, sobre los problemas fundamentales. Una apunta a la continuidad del Partido de los Trabajadores dicho esquemáticamente; como partido enraizado en la vocación comunista, marxista-leninista; fundado en una

imprescindible, y ya emprendida, renovación ideológica, política y orgánica de los planteamientos del partido. No creo que sea maniqueísmo decir que tal línea enlaza legítimamente con el Congreso de Unificación de ORT y del PT, en el que surgió el Partido de los Trabajadores. La otra se encarna en lo que genéricamente se puede denominar «nueva izquierda» surgida en Europa, cuyos planteamientos han sido tardía y malamente incorporados a España, que niega la razón de ser del Partido de los Trabajadores, y no sé si quiere (aunque creo que en todo caso no puede) configurar una específica corriente ideológica y política. En realidad esta otra línea es un conjunto de ellas sólo articulada hoy por vinculaciones pasadas.

Particularmente no espero que los más conocidos partidarios de esta línea hagan su palinodia del marxismo-leninismo, aunque muchas de sus ideas están no sólo al margen sino contra esta teoría.

Hechos consumados, no

Si alguno lo hiciera habría que enjuiciar su marxismo-leninismo de parecida forma a aquella en que Unamuno lo hizo con el «feminismo» de Primo de Rivera, cuando el paternal y querido dictador fracasado tuvo la ocurrencia de decir que abjuraba de él. Su feminismo, lo que él llamaba tal, no era —según dijo Unamuno— sino la rijosa babosera del camello hacia su camella. Esto lo digo para dejar constancia de que no considero como *autocrítica* real del comunismo marxista-leninista (¡tan necesaria!) la de quien ya no se sitúa en ese terreno; y que por tanto esa «autocrítica» no sirve tampoco a una mayor colaboración práctica con otras corrientes del pensamiento revolucionario históricas o modernas.

Lo más negativo de la crisis sería que cuestiones organizativas (rupturas, abandonos, enfrentamientos) taparan lo positivo: la confrontación a la que serán sometidas las ideas puestas en circulación; confrontación que implica también reclamar a las ideas que den alternativas capaces de unir en la práctica y no en teoría los esfuerzos de los revolucionarios.

Los que se sitúan en la segunda línea nos piden a los que lo hacemos en la primera que no les anatematizemos. De acuerdo. Por el contrario, les deseamos suerte y que aporten al campo revolucionario lo que de valor tengan sus ideas y valga su esfuerzo práctico.

Nosotros les pedimos a ellos que respeten las reglas del juego de este partido, que lo tomen como marco de resolución de esta crisis y que no pretendan hacer valer hechos consumados como la automarginación en Euskadi ya anunciada en otros sitios.